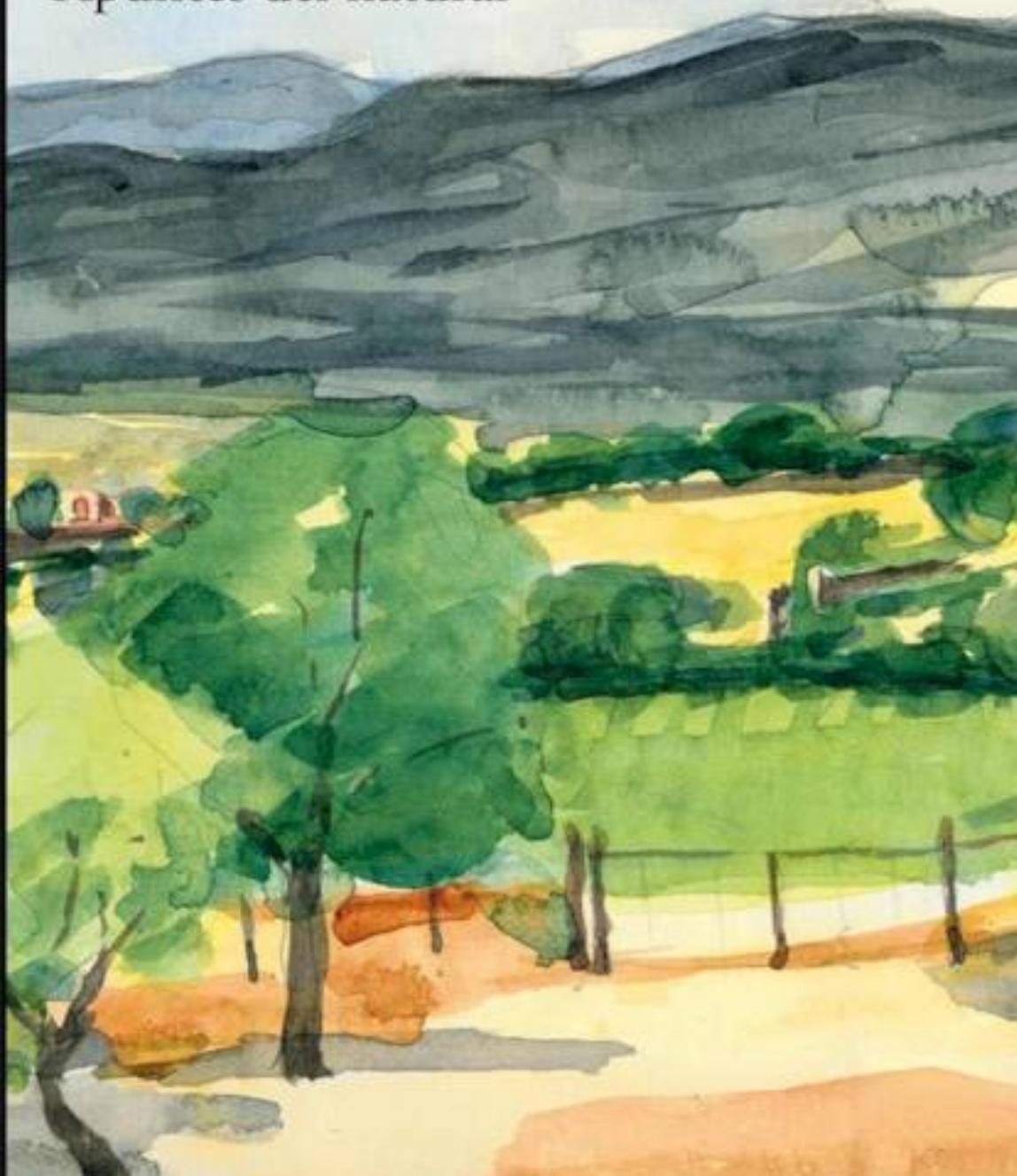


Julio Llamazares

Primavera extremeña

Apuntes del natural



La literatura y el arte se unen en el nuevo libro de Julio Llamazares, uno de los escritores españoles más destacados de la actualidad.

«Mientras el mundo se desmoronaba, la naturaleza volvía a revivir igual que cada año al llegar la primavera». En marzo de 2020, días antes de que toda España quedara confinada, el autor se instaló con su familia en una casa situada en la sierra de los Lagares, cerca de Trujillo, en Extremadura. Allí estuvieron, como los personajes del Decameron, reclusos durante tres meses en un lugar que les regaló la primavera más bella que vivieron nunca. Durante ese tiempo, la naturaleza, preservada de la intervención humana, se llenó de luz, de colores brillantes y de animales en libertad, mientras la tragedia de la pandemia se extendía implacable. Y es que la vida, pese a todo, consigue abrirse paso entre las grietas de la realidad, por angostas que sean. En este libro se entrelazan dos lenguajes para narrar una primavera tan inesperada como cruel y hermosa: el de la prosa sugerente de Julio Llamazares y el de las evocadoras acuarelas de Konrad Laudénbacher, amigo y vecino del autor. Una vez más, como siempre ha ocurrido, el arte y la literatura aparecen para ofrecer consuelo y un conjuro que intenta detener el dolor del mundo. La primavera recobrada.

*Para Ricardo González Muñoz*

## Una primavera extraña

Uno de los lamentos más repetidos por los españoles durante la cuarentena obligada por la pandemia que asola el planeta entero desde comienzos de este siniestro 2020 (año bisiesto, año siniestro, dice el refrán) es que aquélla les robó la primavera. Por circunstancias, a mí, en cambio, me regaló una primavera fantástica que disfruté de principio a fin a pesar de la inquietud y de los dramas que sucedían a mi alrededor, algunos de ellos protagonizados por personas muy cercanas y queridas. Confinado en un lugar de Extremadura al que llegué por propia voluntad huyendo de la amenaza que se cernía sobre la población del mundo, viví después de más de medio siglo una primavera en el campo y no una cualquiera: al decir de los lugareños, la más lluviosa en tiempo y, por ello, la más hermosa y espectacular que recordaba la mayoría.

Quizá parezca obsceno hablar en términos elogiosos de una primavera que para mucha gente fue trágica y para todos, sin excepción, muy dura, pero es que la que a mí me regaló Extremadura, y más concretamente la sierra de los Lagares, junto a Trujillo, en tierras de Cáceres, sin imaginar que la viviría entera cuando llegué, fue sin lugar a dudas la más extraordinaria que he vivido, pues lo hice en solitario, en la única compañía de parte de mi familia y de los contados vecinos de una sierra despoblada en ese tiempo y más con la población sin poder moverse de sus lugares de residencia. La primavera mortal del coronavirus (cuya presencia y amenaza aún continúan cuando escribo estas palabras)

fue a la vez una primavera llena de vida en esos lugares en los que la presencia humana brilla por su ausencia y son los animales y la vegetación los que hacen a la vez de protagonistas y de espectadores. Día tras día, mientras en la televisión las escenas de lo que sucedía en el mundo hacían temblar a la humanidad, incluidos nosotros, el campo se vestía con todas las flores y los colores imaginables y los árboles y el aire se llenaban de pájaros e insectos. Al fondo, entre las encinas, las ovejas y otros ganados domésticos disfrutaban de la paz del campo y lo mismo hacían los toros bravos en las dehesas exuberantes de Santa Cruz, aún sin saber que esa primavera no daría paso a un verano trágico para ellos, pues, como cualquier otro lugar de reunión de gente, las plazas de toros estarían cerradas.

Estas estampas (apuntes del natural como las acuarelas que las acompañan, obra de Konrad Laudénbacher, compañero de confinamiento y vecino en la sierra además de amigo, como se cuenta) recogen el paso de esa primavera y los ecos de lo que se vivía en el mundo sin más pretensión que dejar constancia de cómo los vivimos quienes optamos por alejarnos de la ciudad —y tuvimos la oportunidad de hacerlo—, como los personajes del *Decamerón*, y de la fugacidad de unos días que, como todos, pasaron como las nubes para no volver. Primavera extremeña, primavera mortal y hermosa, primavera llena de luces y de animales en libertad, pese a la gran tragedia que se cernía sobre el planeta... Todos esos adjetivos podría aplicar a la que yo viví en un lugar perdido en mitad del monte de Extremadura, rodeado de uno de los paisajes más fabulosos de cuantos conozco.

# 1

Llegamos a Extremadura el 13 de marzo del 2020 huyendo de un Madrid cada vez más fantasmal. Desde hacía varios días, la ciudad vivía sumida en una inquietud que hacía que los vecinos anduvieran por las calles más deprisa y un silencio sospechoso se apoderaba de unos y de otras por momentos. Se palpaba en la atmósfera un temor, como una contaminación añadida, que se extendía por las avenidas en las que las acacias y los plátanos de sombra ya presentaban sus primeros brotes y en las que las terrazas de las cafeterías cada vez acogían a menos gente. Como en *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati, parecía como si todos los madrileños temiéramos la llegada de un enemigo invisible que quizá estuviera ya entre nosotros, camuflado en un aire cada vez más denso y gris. Por las noches, la ciudad se vaciaba enseguida. Había algo en el ambiente que hacía temer alguna tragedia y las noticias de la televisión aumentaban ese miedo en los vecinos, pese a los esfuerzos de las autoridades por tranquilizar a la población.

El jueves 12 de marzo, los rumores de cierre de la ciudad eran cada vez más fuertes. Tras el de los colegios y las universidades, que se había ordenado días antes, algunos comercios habían cerrado también, los primeros los de los ciudadanos chinos, cuyas ventas caían en picado al identificar los vecinos su país con el origen de la epidemia que sacudía ya Italia y otros países del mundo y cuyos efectos empezaban a percibirse en España. Desde hacía varios días no se hablaba de otra cosa en los periódicos y las noticias eran

más preocupantes a cada hora. Así que el viernes 13, comienzo de un fin de semana que todo el mundo esperaba con ansiedad, pues se presumía que en él se producirían grandes decisiones, hicimos las maletas, las cargamos en el coche a toda prisa y pusimos rumbo a la casa que la familia de C. tiene en Extremadura, un refugio que creíamos más seguro ante lo que pudiera venir, que todos intuíamos sería el confinamiento de la población en sus domicilios, si bien pensábamos que sería por pocos días.

El viaje tuvo algo de abandono. O de huida, dada la forma precipitada en la que lo hicimos. Mientras cruzábamos la ciudad, la sensación de escapar de un lugar a punto de entrar en guerra se fue adueñando de nosotros, que apenas comentábamos lo que veíamos a nuestro paso: calles y plazas semidesérticas, glorietas que un día normal estarían atascadas de vehículos y de peatones y que sin embargo ahora se veían apenas transitadas, coches de policía que más que tranquilizar con su presencia acrecentaban el temor a algo inminente... Un temor que desaparecería al dejar atrás la ciudad por fin y, sobre todo, al abandonar su extrarradio y sus barrios dormitorio, cuyo vaciamiento interno no podíamos ver desde la autovía. Aunque la escasez de tráfico en ésta y la expresión de preocupación y la mascarilla y los guantes del empleado de la gasolinera de Deleitosa, donde hicimos la única parada para repostar, a muchos kilómetros ya de Madrid, nos recordaron durante todo el viaje que el país entero esperaba con ansiedad acontecimientos, como nosotros.

Nuestro destino estaba ya próximo. A pocos kilómetros de Trujillo, la ciudad de los conquistadores extremeños, en dirección a la sierra de Guadalupe y en mitad de la de los Lagares, como se conoce popularmente a la que se eleva al sur de la ciudad de Francisco Pizarro, entre los caseríos blancos y rojos de Madroñera, Herguijuela y Santa Cruz de la Sierra (la cuna de Ñuflo de Chaves, el descubridor de las cataratas del Iguazú y explorador, entre otros, de los territo-

rios de Paraguay y Bolivia, donde fundó la ciudad que lleva el nombre de su pueblo), por la abundancia en ella de antiguos lagares de vino, uno de los cuales, el bautizado como de los Almendros, iba a ser nuestra residencia durante el tiempo que durase la cuarentena que —las radios ya daban por seguro— el Gobierno español iba a decretar de un momento a otro.

## 2

El Lagar de los Almendros formó parte de una propiedad mayor integrada por dos o tres lagares más y con centro en un palacete rural cuyo nombre, La Florentina, evoca a la Toscana italiana tanto como su aspecto (rodeado de cipreses y alzado en lo alto de una colina desde la que domina toda la cara sur de la sierra, a un lado, y al otro el pueblo de Herguijuela y el valle que continúa hacia Badajoz), que perteneció a un alemán de apellido Hackenberg, quien, casado con una extremeña, decidió acabar sus días en estos parajes. El alemán murió y sus descendientes fueron vendiendo a trozos la propiedad, entre ellos el Lagar de los Almendros, cuyo origen campesino y subalterno no le hace desmerecer en belleza de la casa matriz, erguido en la ladera de la sierra frente a ella y antecedido por una viña que justifica el nombre de la construcción y por dos palmeras mediterráneas que el alemán quiso regalarle y que son su signo diferencial en un paisaje de olivos y de matorral endémico. Como construcción, la casa, de grandes muros y líneas rudimentarias, tiene esa gracia de los edificios pobres que han sobrevivido al tiempo merced a su solidez y su funcionalidad. Y, aunque reconvertida desde hace mucho en casa de vacaciones, mantiene el espíritu con el que nació, que confirman en su interior el antiguo lagar y la bodega, pese a que ni uno ni otra sirvan ya para lo que los hicieron. En esa casa, vacía gran parte del año, íbamos a pasar el confinamiento que por la noche se confirmaría: el Gobierno

ordenaba el encierro de toda la población en sus domicilios durante quince días a partir del siguiente.

Antes de ello habíamos dado un paseo por los alrededores. Pese a que oficialmente la primavera no había empezado aún, el campo la anticipaba ya, como habíamos visto viniendo por la carretera. Varias semanas de sol habían despertado a la tierra y la hierba verde y las flores brotaban de ella como si, en lugar de en marzo, estuviéramos ya en abril o en mayo. La primavera extremeña, tan espléndida como fugaz, se había adelantado al calendario y a nosotros, que llegábamos de un Madrid en el que los jardines y los árboles aún empezaban a desperezarse.

El camino que une la casa con el que comunica todas las de la sierra con Herguijuela y con la carretera que va hacia Trujillo y hacia Guadalupe serpentea al principio entre naranjos y limoneros que, junto con las dos palmeras y algún granado, le dan al sitio un aire mediterráneo, aire que a su alrededor desmiente la vegetación autóctona: olivos, encinas, jaras, madroños, negrillos secos por la grafiosis, alcornoques y acebuches y algún frutal que los propietarios de los lagares (los antiguos campesinos o quienes los compraron luego para pasar en ellos sus vacaciones) plantaron para su consumo. Recorrerlo, pues, es adentrarse en un túnel oloroso y más en el tiempo en el que el azahar despierta llenándolo todo con su dulzor. ¡Qué difícil resultaba recordar las imágenes del Madrid inquietante y plomizo que habíamos abandonado hacía sólo unas horas y pensar en el panorama preapocalíptico que describía la radio del coche mientras devorábamos kilómetros de autovía! A nuestro alrededor, las flores pintaban un mundo feliz que los pájaros subrayaban yendo y viniendo de un árbol a otro y las esquilas de unas ovejas que no veíamos convertían en virgiliano y bucólico.

*Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi  
silvestrem tenui Musam meditaris avena:*

*nos patriae finis et dulcia linquimus arva,  
nos patriam fugimus: tu, Tityre, lentus in umbra  
formosam resonare doces Amaryllida silvas...*

(«Tendido al pie de un haya de ancha sombra,  
tú, Tí tiro, con el leve caramillo ensayas tus tonadas  
campesinas

Nosotros, de la patria en los linderos, adiós decimos a sus dulces campos

Nosotros de la patria huimos. Tú, Tí tiro, tendido a la sombra,

en el bosque haces resonar dulces silvas a Amari-  
lis...»)

Recité mentalmente recordando a Virgilio y los días del colegio en el que estudié de niño, felicitándome por haber llegado a un lugar donde creía que estaríamos a salvo de cualquier peligro.

En el camino principal todo estaba tranquilo también. Entre los muros de piedra, sobre los que crecía la vegetación, a veces atravesándolos con sus raíces, paseamos hasta la carretera disfrutando del paisaje y de la tarde sin cruzarnos más que con un coche (el de Manolo el Sueco, el dueño de las ovejas que escuchábamos, que regresaba a su casa en el pueblo después de atenderlas) y a la dueña de San Juan, la casona solariega que se alza a la mitad del camino, siempre umbría y misteriosa por la vegetación que la oculta casi por completo, quien nos contó que también había llegado de Madrid esa mañana como nosotros huyendo de la amenaza que se cernía sobre la capital. Una amenaza que allí sonaba irreal, pues a nuestro alrededor todo invitaba al disfrute, a la contemplación y el goce de la vida pacífica y tranquila que practicaban las pocas personas que vivían en la sierra y a la que nosotros veníamos a unirnos sin intuir que no éramos bienvenidos. Lo descubriríamos en los siguientes días, cuando Ricardo, el guarda de La Florentina y de Los Almendros (tras la segregación de las

dos haciendas lo siguió siendo de ambas), nos avisó de que algunos vecinos habían criticado que paseáramos por el camino y más viniendo de Madrid, que era el foco principal de la pandemia de la que todos hablaban ya y cuyo virus nosotros podíamos haber traído sin saberlo.

## 3



Ricardo vino a saludarnos al día siguiente en el todoterreno con el que se desplaza siempre de un lugar a otro. Venía con prevención (en vez de darnos la mano, nos saludó con un gesto y mantuvo la distancia todo el tiempo), pero su amabilidad y su simpatía eran las habituales en él. De baja estatura y ojos muy expresivos, Ricardo tiene la sabiduría del campo impresa en el rostro y una inteligencia natural que se trasluce en todo lo que dice. Quizá por ello, el alemán lo eligió para cuidar de su casa, cosa que Ricardo hace

desde que era muy joven. Hoy, con sesenta años, conoce toda esta sierra como si fuera una extensión de aquélla y no se mueve una hoja que él no controle ni nace un pájaro sin que se entere. Ricardo es la sierra misma y por eso la ama como pocos. No en vano en ella pasa gran parte del tiempo, aunque desde hace ya años vive con su familia en Herguijuela, donde nació.

Hacía mucho que yo no lo veía. En los últimos meses, no había venido por una razón u otra (quizá tampoco me había esforzado en hacerlo, pues Trujillo no está tan lejos de Madrid: apenas a dos horas y media), pero lo encontré igual que siempre, si acaso con un poco más de barriga. Se lo comenté y me dijo que era verdad. Pero que no sería por no trabajar, pues —y de eso doy yo fe— no para en todo el día y no descansa ni siquiera el sábado. Incluso los domingos sube desde Herguijuela a comprobar que todo está en orden con la disculpa de dar de comer a los perros. Siempre he envidiado su tranquilidad y la sabiduría que desprende, de hombre que vive donde le gusta y como le gusta.

Pero ahora Ricardo estaba preocupado, como todos. La pandemia que se extendía por el país y las noticias cada vez más alarmantes que llegaban incluso a estos pueblos remotos hacían que estuviera preocupado y que no las tuviera todas consigo, a pesar de vivir en un sitio aislado y de que, de momento al menos, no había habido ningún contagiado en la zona que se supiera. Sí en Arroyo de la Luz, cerca de Cáceres, donde, según el propio Ricardo, un autobús de turistas madrileños había traído el virus, que contagió a muchos vecinos del pueblo. ¿Vosotros no lo traeréis también?, nos preguntó en broma, pero con una chispa de desconfianza en los ojos.

Los madrileños éramos los apestados de la pandemia, como al principio de ella los chinos. Junto con los de La Rioja y Vitoria, donde se había detectado el primer foco nacional del virus (decían que en una familia de gitanos que

se desplazó a la capital vasca a un funeral; a saber si sería verdad), los madrileños éramos los sospechosos de contagiar una enfermedad de la que nada se sabía a fe cierta, pero a la que todo el mundo temía como si fuera una nueva peste. En muchos sitios, al parecer, los madrileños que huían a sus segundas residencias en la costa o en sus pueblos estaban siendo mal recibidos por los vecinos de esos lugares por miedo a que les contagiaran la enfermedad. Por suerte no era nuestro caso, pues la casa a la que habíamos llegado está en mitad del campo y a dos kilómetros del pueblo más próximo, que es Herguivuela, por lo que difícilmente podríamos contagiar a nadie aquélla, siempre en el caso de que la tuviéramos. Y con Ricardo, que era al único que veríamos mientras estuviéramos allí excepto cuando fuéramos a comprar comida al pueblo o a Trujillo, tendríamos buen cuidado. Ricardo no sólo era el guardián de la casa cuando no estábamos allí, sino el nuestro cuando veníamos.

—¿Y la familia?

—Bien. Ahí están, con sus cosas —dijo Ricardo antes de desgranar algunas de las que les habían sucedido últimamente: la hija mayor se había roto una rodilla y el pequeño, que estudia en el instituto de Madroñera, también estaba encerrado en casa, sin poder ir a clase, como todos. El virus, en eso, no conocía fronteras.